

Mártires Oblatos

Toda una comunidad de jóvenes
Testigos de la fe en España



“La Iglesia, preciada herencia que el Salvador adquirió con su preciosa sangre, ha sido en nuestros días atrozmente devastada. Esta querida Esposa del Hijo de Dios llora aterrorizada la vergonzosa defección de los hijos por ella engendrados.

“La consideración de estos males ha conmovido el corazón de algunos sacerdotes celosos de la gloria de Dios, que aman entrañablemente a la Iglesia, y están dispuestos a entregar su vida, si es preciso, por la salvación de las almas.

“¿Qué han de hacer los hombres apostólicos que desean seguir las huellas de Cristo, su divino Maestro, para conquistarle tantas almas?

- *Deben trabajar seriamente por ser santos,*
- *Deben renunciarse completamente a sí mismos,*
- *Deben (estar) dispuestos a sacrificar bienes, talentos, descanso, la propia persona y vida por amor a Jesucristo, servicio de la Iglesia y santificación de sus hermanos”.*

Ideal que S. Eugenio de Mazenod propone a sus Oblatos



Opúsculo elaborado por J.M.V.
Postulación General OMI
Via Aurelia 290 – 00165 Roma

¿Víctimas de la guerra civil o de una persecución religiosa?

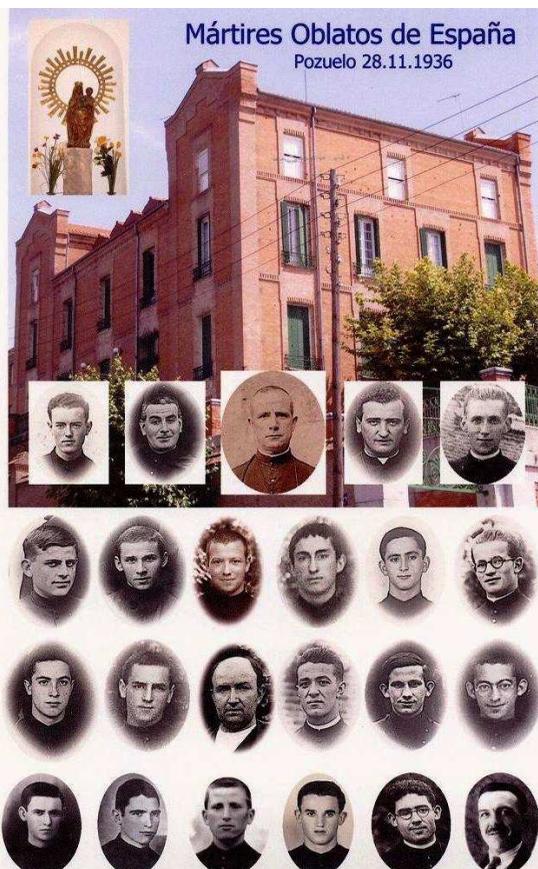
“Al brillante y glorioso ejército de los mártires pertenecen no pocos cristianos españoles asesinados por odio a la fe en los años 1936-1939, (...) por la inicua persecución desencadenada contra la Iglesia, contra sus miembros y sus instituciones. Con particular odio y ensañamiento fueron perseguidos los obispos, los sacerdotes y los religiosos cuya única culpa –si se puede hablar así- era la de creer en Cristo, anunciar el Evangelio y llevar al pueblo por el camino de la salvación. Eliminándolos, esperaban, los enemigos de Cristo y de su doctrina, hacer desaparecer totalmente la Iglesia del suelo de España”
(Juan Pablo II)

La persecución religiosa sufrida en España durante los años 30 alcanzó tristemente su apogeo en los primeros meses de la Guerra Civil española, desde julio a diciembre de 1936, y se prolongó, aunque con menor crudeza, hasta marzo de 1939.

Hoy es conocido por todos, como hecho claro y objetivamente demostrado, que fueron muy numerosas las víctimas de esa persecución: obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares católicos fueron asesinados por motivos exclusivamente religiosos.

El sacerdote y periodista Antonio Montero, actualmente Arzobispo emérito, en su tesis doctoral *“Historia de la persecución religiosa en España”* presenta una estadística de 6.832 eclesiásticos sacrificados en esa persecución: 12 obispos, 4.172 sacerdotes del clero secular; 2.365 religiosos y 283 religiosas.

22¹ Misioneros Oblatos, Mártires



La Congregación de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada sufrió también en sus miembros de la Provincia Religiosa de España las consecuencias de esa persecución: el Seminario Menor de Urnieta (Guipúzcoa) fue totalmente destruido, pasto de las llamas, a raíz de un

¹ En el documento original aparecen unas breves biografías de los 22 Misioneros Oblatos de María Inmaculada y del padre de familia Cándido Castán San José; sin embargo, aquí sólo se han seleccionado las biografías de los Oblatos que fueron martirizados en el territorio de lo que hoy es la Diócesis de Alcalá de Henares.

bombardeo intencionado; el Seminario Mayor o Escolasticado de Pozuelo (Madrid) fue incautado por el Comité revolucionario y convertido en prisión; la Casa Provincial, Madrid, fue ocupada sin previo aviso y expulsados de ella todos los religiosos que en ella se encontraban.

La naciente provincia de España, que, fiel a su carisma misionero, acababa de abrir nuevas fundaciones en Uruguay y Argentina, se vio privada, en el plazo de sólo cuatro meses, de un total de 22 religiosos: el Superior Provincial, cuatro de los formadores del Escolasticado, tres Hermanos Coadjutores que, con plena dedicación, colaboraban con los formadores en las distintas tareas de la casa, y quince escolásticos, religiosos seminaristas (uno de ellos recién ordenado de sacerdote) que realizaban los estudios de Filosofía y Teología y se preparaban para llevar un día el mensaje del Evangelio allí donde, como misioneros, discípulos del Maestro, fueran enviados.

Sus nombres son: Francisco Esteban Lacal, Vicente Blanco Guadilla, José Vega Riaño, Juan Antonio Pérez Mayo, Gregorio Escobar García, Juan José Caballero Rodríguez, Justo Gil Pardo, Manuel Gutiérrez Martín, Cecilio Vega Domínguez, Publio Rodríguez Moslares, Francisco Polvorinos Gómez, Juan Pedro Cotillo Fernández, José Guerra Andrés, Justo González Llorente, Serviliano Riaño Herrero, Pascual Aláez Medina, Daniel Gómez Lucas, Clemente Rodríguez Tejerina, Justo Fernández González, Ángel Francisco Bocos Hernando, Eleuterio Prado Villarroel y Marcelino Sánchez Fernández.

A estos 22 oblatos se unió, en un mismo acto de generosa entrega, el seglar y padre de familia Cándido Castán San José, muy conocido en el pueblo de Pozuelo Alarcón, donde residía, y ejecutado por su vivencia no disimulada de la fe católica.

Su respuesta pronta y generosa, llena de juventud y de vida, a la llamada de Cristo, el Dueño de la mies, encontró su plena realización en la entrega –**oblación**– total de sus propias vidas en la prueba suprema del martirio.

El conocimiento que los religiosos seminaristas, y más aún los formadores, tenían del ambiente antirreligioso que animaba a muchos habitantes de Pozuelo, hacía conscientes, a todos los miembros de la comunidad oblata, de la situación difícil que se avecinaba, apenas iniciada la guerra civil.

Ante ese ambiente, la formación para el sacrificio y la entrega, en austera pobreza y en gozoso empeño por seguir a Cristo y ser sus cooperadores, iba fortaleciendo y madurando en formadores y estudiantes, la total disponibilidad para lo que el futuro reclamara en esa misma línea de entrega y servicio a la causa de Cristo.

El futuro previsto no tardó en hacerse presente. Cuando hacía sólo cuatro días que había comenzado la guerra, **el odio a la fe** que prendió fuego en varias iglesias de Madrid que los seminaristas veían arder desde su propia casa de Pozuelo, llegó al convento de los Misioneros Oblatos de modo violento. Tras una brutal ocupación del inmueble, todos los religiosos fueron hechos prisioneros en su propia casa, sin más culpa ni delito que la plena y exclusiva dedicación de sus vidas a prepararse para servir más y mejor a la Iglesia.

El calvario allí iniciado fue tan breve como duro para siete de ellos, un sacerdote y seis estudiantes y para el seglar Cándido Castán San José, que, detenido en su propia casa fue llevado como prisionero al convento: sólo día y medio después de ser detenidos, los ocho fueron sacados del convento y asesinados.

Los demás religiosos, con indicios claros de la suerte que había tocado a sus hermanos, prosiguieron el camino del sufrimiento, durante casi cuatro meses. La cruz a la que se habían abrazado, como fieles seguidores del Crucificado, iba señalando las distintas estaciones de un mismo calvario: cárceles, refugios clandestinos, familias, riesgo constante, hasta llegar, también ellos, a la oblación cruenta en heroica fidelidad a quien era ya, desde hacía años, el centro de sus vidas.

Desde entonces, los que, como hermanos de comunidad compartieron con ellos toda su cadena de sufrimientos, menos la muerte, y los que después han seguido sus huellas como misioneros Oblatos de María Inmaculada, todos han visto en ellos el punto de referencia más claro y atrayente para responder a la llamada del Señor, el estímulo necesario para vivir con gozosa generosidad la entrega incondicional al servicio del Evangelio en la práctica diaria del martirio de la caridad.

Para la Congregación entera los “mártires de Pozuelo de Alarcón”, así llamados familiarmente, han sido y siguen siendo estimados y valorados como esa porción de la Congregación que, en su afán de ser cooperadores de Jesucristo, han llegado a identificarse con Él en una muerte semejante a la suya, participando también de su resurrección e intercediendo ante el único Mediador, por quienes proclaman hoy el Evangelio por el que ellos murieron.

Ante la proclamación por parte de la Iglesia del martirio de gran número de los religiosos que, como los Oblatos, entregaron libremente sus vidas en defensa de la fe y por su fidelidad a Jesucristo (especialmente de los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios, beatificados el 25/12/1992, asesinados en el mismo grupo, fecha y lugar de los Oblatos), la Congregación pensó que la estima de sus mártires debía manifestarse en promover su causa de canonización por martirio.

Esta decisión se ha visto fortalecida por las palabras de Juan Pablo II invitando a las iglesias locales a hacer todo lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio, reconociendo en ellos un signo claro de la vitalidad de la Iglesia.

Ellos han sido y son para la Iglesia y para la Congregación, una preciosa herencia que no se debe perder y que se ha de transmitir a la posteridad como un deber de gratitud y un claro deseo de imitación.

Al pedir a la Iglesia, *“preciosa herencia que el Salvador adquirió con sus sangre”*, la glorificación de los 23 Siervos de Dios, queremos honrar la memoria de quienes, con el testimonio supremo del amor,

han pasado a la comunidad del cielo y son para nosotros, los misioneros Oblatos de María Inmaculada, una constante invitación a vivir siempre *“dispuestos a sacrificar bienes, talentos, descanso, la propia persona y la propia vida por amor de Jesucristo, servicio de la Iglesia y santificación de nuestros hermanos”*.

Desde la profunda convicción de que los 23 Siervos de Dios sufrieron un verdadero martirio, víctimas de una auténtica persecución religiosa, presentamos algunas pinceladas de sus vidas y oblación en este folleto, para avalar la certeza moral de ese martirio, en la espera confiada de que el juicio de la Santa Sede confirme nuestra convicción y haga realidad nuestra esperanza

Quién es quién

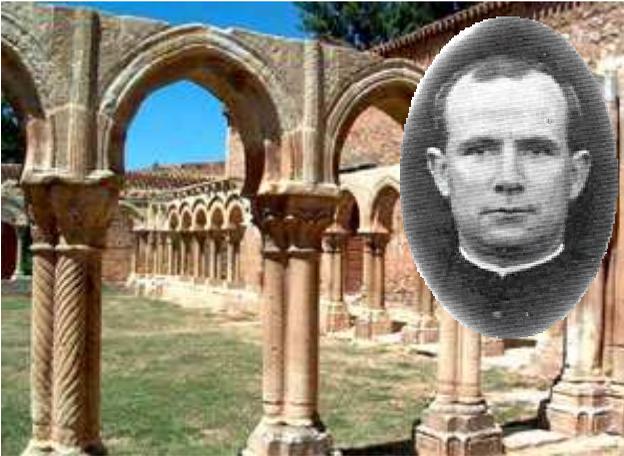
“Sabemos que nos matáis por católicos y religiosos, lo somos. Tanto yo como mis compañeros os perdonamos de corazón”.

Este “gesto” se atribuye al Provincial de los Misioneros Oblatos, antes de ser fusilados en Paracuellos del Jarama. Según el testimonio de Mons. Acacio Valbuena, “se lo contó a los padres Mariano Martín y Emilio Alonso el enterrador, que estuvo presente en la ejecución”. Tras dar la absolución a los futuros mártires, se dirigió a los verdugos con esas palabras:

¿Quién era ese “Padre Provincial” que, en esa hora decisiva hizo valiente y pública profesión de fe y habló con tanta entereza a quienes los iban a ejecutar, para ofrecerles, en nombre de todos, el perdón? Según todas las probabilidades, parece que se trata de...

Francisco Esteban Lacal

48 años



Datos biográficos

Nació en **Soria**, capital de la provincia del mismo nombre, diócesis de Osma-Soria, el día 8 de febrero de 1888.

Era miembro de una familia de seis hermanos. Hizo

sus primeros votos en la Congregación de los Misioneros Oblatos el 16 de julio de 1906 en el convento de Urnieta (Guipúzcoa). En 1911 fue a Turín (Italia) y allí completó los estudios eclesiásticos y recibió las Órdenes Sagradas que culminaron con el Presbiterado el 29 de junio de 1912. Al año siguiente se incorporó, como profesor, a la Comunidad del Seminario Menor de Urnieta, donde estará hasta 1929.

Este año fue destinado a Las Arenas (Vizcaya) como auxiliar del Maestro de Novicios. Un año más tarde, en 1930, regresa a Urnieta como Superior; sigue siendo profesor, primero como Superior y, dos años más tarde, también como Provincial, cargo para el que fue nombrado en 1932. En 1935 trasladó su residencia a Madrid, a la casa que ya tenían los Oblatos en la calle de Diego de León. Allí acogió, como buen pastor, a un grupo de Oblatos que, detenidos en su Comunidad de Pozuelo de Alarcón y llevados después a la Dirección General de Seguridad, fueron puestos en libertad el 25 de julio de 1936. Con ellos y con los que ya anteriormente estaban en la Comunidad con él, sufrió las angustias de la persecución religiosa en Madrid y la experimentó directamente cuando el 9 de agosto de 1936 fue

expulsado, con sus hermanos Oblatos, de su propia Comunidad de Diego de León. Con ellos va a refugiarse a una pensión situada en la calle Carrera de San Jerónimo. El día 15 de octubre fue detenido y el 28 de noviembre fue martirizado con otros doce Oblatos en Paracuellos de Jarama. Iba a cumplir los cincuenta años (*Extracto del Proceso diocesano*).

La familia del P. Francisco Esteban

“Soy sobrina carnal del Siervo de Dios Francisco Esteban. Yo conocí a mi tío desde siempre porque venía a vernos a Madrid donde mi familia tenía una tienda. En verano, mi familia se trasladaba a San Sebastián (Guipúzcoa) y acudíamos a visitar a mi tío que se encontraba en Urnieta. Puedo decir que el trato que tuve con él fue frecuente. Estando en Pozuelo, mi padre nos llevaba a visitar al tío Francisco. Los padres del Siervo de Dios se llamaban Santiago y Dámasa. Mi abuelo era Guardia Civil. La familia estaba compuesta por cinco hijos. A tenor de sus hijos, que fueron católicos practicantes, el ambiente familiar sería de una profunda religiosidad. La relación del Siervo de Dios con su familia era muy buena. Sus hermanos vinieron a vivir a Madrid y esto le facilitaba la relación frecuente con su familia. Muchas veces en mi familia, ante algún problema de discrepancias en la misma, se decía que si hubiese estado allí el “tío Paco”, como se le llamaba familiarmente, no habría habido discordias. El ministerio apostólico que desempeñaba mi tío durante el curso 1935-36 era el de Provincial de la Provincia Española de los Misioneros Oblatos. Mi padre se mostraba muy orgulloso de que su hermano fuese el Provincial. Sobre las virtudes que aparecían en él, siempre destacó la de la sencillez. No le gustaba ostentar nada, a pesar de que entre mi familia era considerado como una personalidad.

Sobre el ambiente que reinaba en julio de 1936 en Madrid, puedo decir como hecho concreto que a mí, que tenía diecisiete años, me paraban los de la Casa del Pueblo, en el barrio de Tetuán, cuando iba a Misa, preguntándome que a dónde iba, a lo que yo contestaba que iba a Misa. Me decían que no debía ir y yo les respondía encarándome con ellos. De aquellas circunstancias de mediados de julio de 1936, y cuál era la situación de peligro, da idea el (hecho) que mi padre adelantó el viaje a

Santander, diciendo a mi madre que preparase todas las cosas porque “mañana nos vamos”. Mi tío vino a vernos y recuerdo que mi padre le decía que por qué no se venía con nosotros porque tal y como se estaba poniendo la situación lo podía pasar muy mal. Mi tío le contestó que no, porque su responsabilidad era estar aquí con los suyos y que no se debía a sí mismo sino a los demás. Recuerdo que se abrazaron y los demás lo besamos. Tanto mi tío como mi padre pensaban que lo que iba a ocurrir duraría pocos días y que sería una cosa sin más trascendencia. También recuerdo que mi padre le decía que se quitase la sotana, y él siempre se negó a hacerlo. Además de la sotana, llevaba en el fajín y el gran Crucifijo de los Oblatos. Juana Esteban

Otra sobrina testifica: “Por lo que he leído, fue detenido el 15 de octubre de 1936 con otros Oblatos. Por mi tía supe que fue conducido a la cárcel Modelo. Sobre la cárcel, las únicas referencias que tengo es que pasaban miedo, porque nombraban unas listas con nombres indiscriminadamente de los que iban a matar, y que pasaron hambre y frío. Concretamente uno de los supervivientes me contó que una persona, que resultó ser una religiosa de la Sagrada Familia de Burdeos, le llevó un abrigo a mi tío. Éste, viendo que un compañero de prisión pasaba frío, le dio su abrigo. También he oído que procuraban rezar el rosario clandestinamente cuando paseaban por el patio o en las celdas” Teresa Esteban Berretero

Comienza el Calvario

“Desde el primer momento en que fuimos detenidos, en cada uno de nosotros había un trasfondo de ser asesinados por nuestra condición de religiosos. En nuestro interior, lo único que trascendía era el espíritu del perdón, por una parte, y por otra, el deseo de ofrecer la vida por la Iglesia, por la paz de España y por aquellos mismos de los que pensamos que nos iban a fusilar. El único móvil que nos guiaba era sobrenatural, ya que humanamente lo perdíamos todo. Éramos conscientes de que si nos mataban era por odio a la fe cristiana”. P. Felipe Díez Rodríguez, OMI, superviviente

Desde la expulsión del Convento, y llevados a la Dirección General de Seguridad, tras una breve declaración fueron todos puestos en libertad.

Siguiendo las indicaciones de los Superiores, cada uno buscó refugio en casas particulares de familiares o conocidos, permaneciendo en esa situación hasta el mes de octubre de 1936. Durante ese tiempo, tanto el **Padre Esteban**, como el Padre Blanco y el Padre José Vega, arriesgando sus propias vidas, procuraban visitar a los escolásticos en la clandestinidad, animándoles en su fidelidad y compromisos religiosos. Como hecho concreto, recuerdo haber oído al Padre Porfirio que el día 12 de octubre, festividad de Nuestra Señora del Pilar, patrona del Escolasticado, se reunieron algunos de los Siervos de Dios, y que después de pasar varias horas en adoración al Santísimo, que clandestinamente guardaban, a la caída de la tarde comulgaron lo que habría de ser el Viático.

A los Siervos de Dios los van deteniendo poco a poco y los van recluyendo en la Cárcel Modelo y es precisamente ahí, en el infortunio, donde, expresando de manera clara sus profundas convicciones evangélicas, se animaban mutuamente y animaban también a otros. Todo ello, en cuanto les era permitido, desde la oración y la vivencia con espíritu de fe de las humillaciones y malos tratos de que eran objeto. Teniendo en cuenta que en el mes de noviembre en Madrid el clima, a veces, es frío, en la cárcel se hacía intensamente frío por carecer del indispensable abrigo, ya que de lo poco que podían disponer hacían participantes a otros que les parecían más necesitados. Recuerdo que el **Padre Francisco Esteban** hizo entrega de su propio abrigo a uno de sus compañeros de prisión. Además del frío, “compañeros” de prisión eran también el hambre y los parásitos, porque la higiene era muy deficiente.

Todo esto lo he sabido de manera muy especial por uno que fue testigo superviviente de los hechos, mi hermano, Jesús, o.m.i.

P. Fortunato Alonso, OMI.

Vicente Blanco Guadilla

54 años



Datos biográficos

El P. Vicente Blanco nació en **Frómista**, provincia y diócesis de Palencia, el 5 de abril de 1882. Fueron sus padres Hilario y Lucía. Su familia, humildes labradores, era muy religiosa y de una conducta intachable. Ya desde niño tuvo mucha relación con el párroco y con el capellán de las HH. de la Sagrada Familia de Burdeos. En esa relación estuvo sin duda el origen de su vocación, por la vinculación de esas religiosas con los Misioneros Oblatos.

En 1895 ingresó en el seminario menor de Ntra. Sra. del Soto, en la provincia de Santander, pequeña casa de formación que los Oblatos acababan de abrir. Dos años más tarde dicho seminario se trasladó a Urnieta (Guipúzcoa) y allí terminará Vicente sus estudios secundarios.

En esos años de juniorado aseguran los testigos que llamaba la atención por su rectitud y firmeza en el deseo de ser religioso y misionero. Allí creció su devoción mariana con el rezo del rosario, devoción ya inculcada en familia por su madre. Durante las vacaciones llamaba la atención por su interés en ayudar a otros y su preocupación por aliviar la situación de sus padres, necesitados de medios para poder sobrevivir.

El 14 de agosto de 1900 el joven Vicente, con sus 18 años, es enviado a Francia para comenzar el año de Noviciado en Notre Dame

de L'Osier, y allí mismo hizo los primeros votos, el 15 de agosto de 1901.

Trasladado a Roma para hacer los estudios eclesiásticos, hizo en la Ciudad Eterna la Profesión Perpetua. En Roma también, y más concretamente en la Basílica del Salvador (San Juan de Letrán), "Madre y Cabeza e todas las iglesias del mundo", fue ordenado sacerdote el 14 de abril de 1906.

Después de algunos años como profesor en el Juniorado de Urnieta, desempeña allí mismo el cargo de Superior. Durante ocho años fue Maestro de Novicios en Urnieta y en Las Arenas (Vizcaya). Varios de sus novicios, sobre todo de los últimos años, serán, de nuevo, sus alumnos y miembros de su misma comunidad en el escolasticado de Pozuelo, pues a esa casa fue destinado, como Superior, en 1932.

Entregado principalmente a sus tareas de superior y profesor, el P. Blanco encontraba tiempo también para dedicarse a trabajos pastorales, ayudando en la parroquia del pueblo, confesando y predicando en los conventos de religiosas existentes en aquella localidad.

El 18 de julio de 1936, después de haber predicado el retiro de preparación para los primeros votos al grupo de jóvenes que dos días antes había terminado su año de noviciado, el P. Blanco regresa a su comunidad de Pozuelo. La guerra civil acababa de comenzar.

En su propia casa, es detenido con toda la comunidad el 22 de julio de 1936. Es llevado a la Dirección General de Seguridad en Madrid y puesto en libertad el 25 de julio del mismo año. Después de casi tres meses de vida clandestina, el 15 de octubre es detenido de nuevo y el 28 del mes de noviembre es martirizado.

Virtudes del Siervo de Dios

El informe que conservamos de sus superiores en el noviciado, describe al Siervo de Dios como un joven "muy dócil, muy generoso y

entregado, modesto, sencillo, equilibrado, muy convencido de su vocación y con un gran amor a su familia religiosa”.

Más tarde, cuando va a recibir su primera obediencia, siendo ya sacerdote, hablan de su “regularidad perfecta, de su gran espíritu religioso, de su muy sólida piedad, su juicio recto, un poco inclinado a la severidad, de su voluntad firme y flexible, de su carácter bueno y entregado...” Así le veían sus formadores.

Por parte de los Oblatos que le han conocido como superior y profesor, abundan también en señalar su gran calidad espiritual. Son numerosos los testimonios. He aquí alguno:

“Ocho generaciones de novicios pasaron por su escuela de formación religiosa. Me atrevo a pensar que no haya ninguno que no le haya profesado veneración, respeto y estima, y es que no era un religioso vulgar, sino un varón de gran virtud, en especial de una gran prudencia, sólida piedad, celoso y abnegado con los intereses de la Congregación, amante de la Iglesia, austero y, al mismo tiempo, hombre de gran corazón; era, además, profundamente humilde, rígido consigo mismo, pero comprensivo e indulgente con los demás”. “Se distinguía por su observancia religiosa, que era estímulo para toda la comunidad” y le llamaban “el Santo Padre Blanco”.

La hora de su martirio

“En los días inmediatos al 18 de julio se encontraba predicando en Bilbao (como queda dicho). Llegó a Madrid en el último tren que entró en la Capital procedente del Norte. Nos contó la situación que había vivido, tanto en el Norte como en el viaje”.

Al día siguiente sufre, con todos los miembros de su comunidad, el primer acoso de los milicianos de Pozuelo que registran de modo violento la casa, buscando armas que no existen. El 22 de julio el Comité Revolucionario de Pozuelo se adueñó del convento que quedó convertido en prisión. El P. Blanco, con todos los miembros de la

comunidad fueron los primeros prisioneros en su propia casa, sometidos a todo tipo de amenazas y cacheos.

A la salida del sol del día 23 les permitieron ir al oratorio por muy poco tiempo, ni siquiera el indispensable para celebrar la Misa. Hicieron una breve oración y recibieron la comunión. Todos pensaron que aquella comunión era el viático... El P. Superior abrió el sagrario y empezó a distribuir la comunión. Se emocionó tanto que no pudo continuar. Los padres Monje y Vega continuaron repartiendo la comunión hasta dejar el sagrario vacío. El P. Blanco, en la sacristía, lloraba sin consuelo repitiendo: “¿Qué será de esta casa ahora, sobre todo, que no tenemos al Señor con nosotros?”.

Seguirán después otras estaciones de su vía crucis por Madrid, buscando refugio para todos, visitándolos, dándoles ánimo y la absolución. Luego, la cárcel Modelo y la de San Antón. Así narra una “saca” el P. Delfín Monje, compañero de cárcel y superviviente: *“El 27 de noviembre a las 6 de la tarde comenzó a vocearse la primera lista de expedicionarios. El penúltimo de la lista era el que esto suscribe. Salimos de San Antón a las ocho y media de la noche. Nos despedimos de los demás compañeros con la emoción que es de suponer. Recuerdo que el P. Blanco me dijo al marchar: ‘Yo creo que va usted en libertad; escribanos enseguida’. Fueron las últimas palabras que le oí en este mundo a aquel hombre que, mientras estuvo en la cárcel, se mostró siempre animoso y optimista”*. Muy pronto, en otra “saca”, él mismo será conducido a Paracuellos, en compañía del Provincial y once Oblatos más para ser fusilados. Así se consuma su martirio. Era el 28 de noviembre de 1936.

José Vega Riaño

32 años



Nació el 19 de marzo de 1904 en **Siero de la Reina**, provincia y diócesis de León. Al día siguiente fue bautizado. Hijo de una familia modesta de labradores. Profesó el 31 de julio de 1922 en el noviciado de Urnieta (Guipúzcoa) y el 3 de julio de 1927 recibió la Ordenación Sacerdotal en Roma. Habiendo recibido doctorados en Filosofía, Teología y Derecho Canónico, fue enviado como profesor de Teología Dogmática al Seminario Mayor o Escolasticado de Pozuelo de Alarcón en septiembre de 1930. Fue detenido con toda la Comunidad el 22 de julio de 1936. Dos días más tarde, fue llevado a la Dirección General de Seguridad en Madrid y, puesto en libertad al día siguiente, 25 de julio, se refugió con algunos escolásticos en la casa de una familia amiga. Fue detenido el 10 de octubre de 1936. El siete de noviembre fue martirizado en Paracuellos del Jarama.

Testimonios

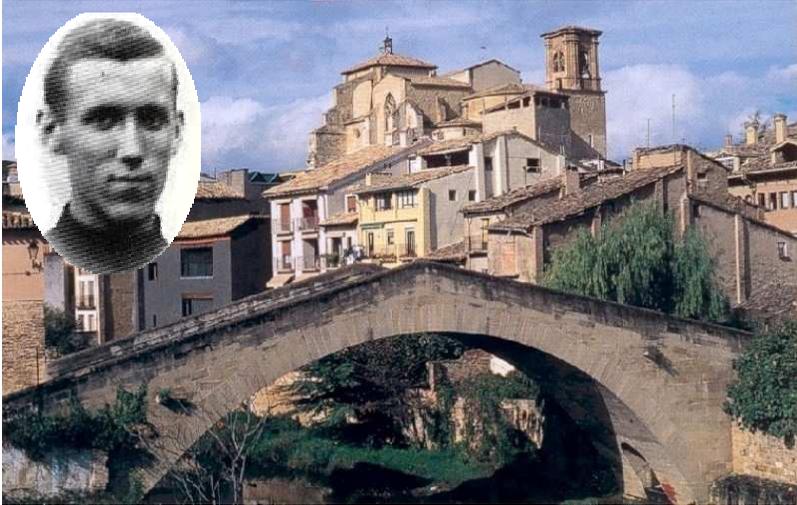
*El P. **José Vega**, profesor de dogma, daba las clases con mucha preparación y con mucho sentido espiritual. Mi hermano Porfirio Fernández, o.m.i., alumno suyo, decía que algunas de sus clases parecían una lectura espiritual. (Pablo Fernández)*

*El comportamiento de los refugiados fue de no-actividad, excepto los Padres Francisco Esteban y **José Vega** que siguieron prestando auxilio espiritual a los Oblatos ocultos y a otras personas, especialmente religiosas, incluso jugándose la vida. El P. **José Vega Riaño** se encargó de proteger personalmente a tres escolásticos que estaban con fiebre buscándoles una familia conocida de él que pudiera acogerles. También se preocupó de su propia vida espiritual, procurando que el P. Mariano Martín, escondido en la pensión de la Carrera de San Jerónimo, les visitara para facilitarles el sacramento de la Penitencia. Otro hecho especial fue que en otra casa de acogida, el 12 de octubre, Fiesta de Ntra. Sra. del Pilar, alguien les llevó formas consagradas y pasaron todo el día en adoración al Santísimo. Al anochecer recibieron la comunión, que fue el viático para casi todos ellos, porque el día 15 todos fueron detenidos y conducidos a la Cárcel Modelo.*

Fortunato Alonso

Gregorio Escobar García

24 años



Datos biográficos

Nació en la monumental ciudad de **Estella**, provincia de Navarra y diócesis de Pamplona-Tudela, el 12 de septiembre de 1912 y al día siguiente fue bautizado en la iglesia parroquial de S. Pedro de la Rúa, donde su padre, Hilario Escobar, ejercía de Sacristán. Su madre, Felipa, murió en 1928 y su padre contrajo nuevas nupcias con una mujer que los había ayudado mucho. La conducta moral y religiosa de la familia, en uno y otro matrimonio, era profundamente cristiana. Tenían mucha devoción a Jesús Eucaristía y a la Santísima Virgen bajo la advocación de Ntra. Sra. del Puy, Patrona de Estella. Tanto cuando estuvo en el seno de la familia como durante sus años de seminario y de servicio militar, mantuvo una relación muy cercana y cordial con todos los miembros de su familia. Sus cartas dan fe de ello. Sus compañeros de seminario lo describen como equilibrado, confidente y buen consejero. Tras la sentida muerte de su madre, aconsejaría incluso a su padre que se casara de nuevo, por el bien de los hijos.

A los 12 años, y gracias a la ayuda económica de su Párroco D. José María Sola, ingresa en el seminario menor de los Misioneros Oblatos en Urnieta (Guipúzcoa). Terminados los estudios secundarios, inicia el noviciado en Las Arenas (Vizcaya) y hace su primera profesión religiosa el 15 de agosto de 1930. Pasa a Pozuelo (Madrid) para hacer los estudios eclesiásticos, que tendrá que interrumpir en 1934 por ser llamado a filas. Terminado el año de servicio militar, se reincorpora a la comunidad oblata de Pozuelo y hace su profesión perpetua el 26 de noviembre de 1935. Un año antes de terminar los estudios de teología, el 6 de junio de 1936, es ordenado sacerdote en Madrid.

El padre de Gregorio y la nueva esposa de éste estuvieron presentes en la ordenación y fueron testigos del ambiente hostil que se respiraba en Madrid. Nos lo cuenta la hermana de Gregorio, María del Puy: *“Estando en el convento de los Oblatos, oían los insultos que dirigían a los frailes los que pasaban por la carretera. Y al ir y al volver de la capilla del seminario conciliar de Madrid, donde mi hermano fue ordenado sacerdote, mis padres con mi hermano y otro religioso cogieron un taxi y hubieron de parar ante una comitiva oficial. Estando parados, se les acercó uno que, por la ventanilla, les dijo: Estos, con una botella de gasolina, qué bien arderían”.*

Los Oblatos no solían ir a visitar la familia antes de terminar los estudios. Pero la familia Escobar tenía la ilusión de que hicieran una excepción con Gregorio y le permitieran ir a “cantar la Misa” en Estella. Así podría subir a la basílica del Puy para predicar en la fiesta de la Patrona. El comienzo de la guerra civil troncharía todas esas legítimas esperanzas. Efectivamente, el 22 de julio el convento de los Oblatos fue asaltado por los milicianos, y Gregorio, con todos los miembros de su comunidad, quedó hecho prisionero en su propia casa. Dos días más tarde es llevado a la Dirección General de Seguridad en Madrid, donde el 25 del mismo mes fue puesto en libertad. Tras una vida en clandestinidad, el 15 de octubre es detenido de nuevo y martirizado con sus compañeros el 28 de noviembre de 1936 en Paracuellos del Jarama.

Testimonios

De su infancia no tenemos más datos que los que nos proporciona su hermana: *“Por las referencias que tengo, sé que mi hermano era un chico muy bueno. Iba a ayudar a Misa como monaguillo. Las mujeres del pueblo le decían que iba a llegar a cura; pero él decía que no quería serlo. Una anécdota: un día vino un pobre a pedir (limosna) a mi casa. Fue Gregorio quien le bajó la limosna y el pobre le dijo que habría de llegar a ser obispo”.*

Durante el cuarto año de vacaciones tendría que gustar una prueba muy amarga: muere su madre. Su padre escribe al seminario y dice: *“Gregorio se encontró con su querida madre enferma de gravedad. Él se cuidaba de todo, a todos animaba a prepararnos para el día que Dios tenía asignado. Pasaba el día y la noche sentado a la cabecera de su madre. Como si fuera ya sacerdote, la preparaba para la hora de la muerte. Llegó el día en que Dios la llamó. El 8 de septiembre de 1928. ¡Con qué ánimo y con qué cariño hablaba a todos para la resignación! ¡Como un santo!”*

Y tenía sólo 16 años y, por supuesto, ni siquiera había hecho el noviciado... Hay muchas cartas de Gregorio, celosamente conservadas por su hermana Puy. Todas son edificantes. Extraemos un párrafo de una, escrita mientras se preparaba para la ordenación sacerdotal:

*“Siempre me han conmovido hasta lo más hondo los relatos de martirio. Siempre, al leerlos, un secreto deseo me asalta de correr la misma suerte. Ése sería el mejor sacerdocio al que podríamos aspirar todos los cristianos: ofrecer cada cual a Dios el propio cuerpo y sangre en holocausto por la fe. **¡Qué dicha sería la de morir mártir***

Juan José Caballero Rodríguez

24 años



Datos biográficos

Nació en **Fuenlabrada de los Montes**, diócesis de Toledo y provincia de Badajoz. Era subdiácono. En breve iba a ser ordenado sacerdote.

Joven de gran personalidad, vivía con la preocupación de fomentar el buen espíritu e su comunidad. Era emprendedor, metódico y perseverante en cuanto acometía. Su característica más sobresaliente: fuerte inquietud misionera que contagiaba a sus hermanos de comunidad. Con sus 24 años, ya se veía misionero y actuaba como tal.

Juan José nació el 5 de marzo y fue bautizado el 16 del mismo mes en la parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción. Su padre, Jesús María Caballero, estaba casado en segundas nupcias con Baudilia Rodríguez y de este segundo matrimonio nacieron dos hijos: Elisa y Juan José. Del primer matrimonio habían nacido también dos hijos: Arsenio y Epifanio Caballero Molina.

La condición económica de la familia era pobre; pero profundamente religiosa. El padre, que se dedicaba a la agricultura, era tenido como

una de las personas más religiosas de la localidad. Al fiel cumplimiento de todas las obligaciones de cristiano, añadía la ayuda a la parroquia como Sacristán. Pertenecía también a las cofradías del Santísimo Sacramento, de la que era secretario, y la de Jesús Nazareno, de la que era Hermano Mayor. Por sus conocimientos culturales, poco corrientes entonces por aquellos pueblos, era una buena ayuda, no sólo del párroco, sino también de los vecinos.

Existía una gran unión y cariño entre los miembros de su familia. Juan José sentía la vocación misionera, pero la mantuvo oculta, dadas las necesidades materiales del hogar, que requerían su presencia.

Un compañero de escuela dice de él que “ninguno llegaba a la altura de Juan José y que éste siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás (en las tareas escolares), que era totalmente cumplidor de sus deberes y que su ritmo de aprendizaje era ideal”.

La Providencia quiso que familiares del P. Francisco Esteban (quien será más tarde su Provincial y compañero de martirio) entraran en relación con él. La familia Esteban Lacal le prestó ayuda económica y esto facilitó a Juan José el ingreso en el seminario menor de los Misioneros Oblatos en Urnieta. Allí mejoró mucho en su dedicación al estudio y a la práctica de las virtudes.

Terminados los estudios secundarios, pasó a Las Arenas para hacer el noviciado e hizo su primera profesión religiosa el 15 de agosto de 1930, fiesta de la Asunción, titular de la parroquia donde fuera bautizado.

En 1931, ante la persecución desatada contra la Iglesia en Madrid, conocida como *la quema de conventos*, por razones de seguridad, vuelve con sus hermanos de comunidad a Urnieta.

Más tarde, ya de nuevo en Pozuelo, tuvo que incorporarse al servicio militar y fue destinado al Norte de África. El tiempo vivido en ese continente contribuyó a aumentar su inquietud y vocación misionera.

De vuelta a Pozuelo, hace su oblación perpetua el 25 de febrero de 1936 y unos meses después recibe el subdiaconado. Pero dos semanas más tarde las ilusiones que había puesto en el sacerdocio, cada vez más cercano, se ven truncadas por el comienzo de un calvario que culminaría en el martirio.

Testimonios

No tenemos muchos sobre su martirio. Citamos la carta del el P. Emilio Alonso, a un hermano del mártir:

“Recientemente estuve en Madrid y he aquí los datos que he podido recoger sobre él. Fue detenido en la noche del 28 de octubre y conducido a la cárcel Modelo. De allí fue trasladado a la cárcel de San Antón en la noche del 15 de noviembre. En la noche del 28 del mismo mes fue “sacado” con otros muchos, entre ellos 12 Oblatos más, y llevado con rumbo desconocido. No se ha vuelto a saber más de aquella expedición, que se llamó expedición de Muñoz Seca, porque en ella iba el ilustre comediógrafo”.

Justo Gil Pardo

26 años



Datos biográficos

Nació en **Lukin** (o **Lúquin**), provincia de Navarra y diócesis de Pamplona-Tudela. el 18 de octubre de 1910.

Hijo de una familia muy numerosa, once hermanos, sus padre, Jesús y Vicenta, eran cristianos fervorosos y honrados. Al fallecer su padre, comentaban los vecinos: “Ha muerto la mejor persona del pueblo”.

Justo da los primeros pasos de su formación cristiana y humana, arropado por el calor del hogar familiar y la colaboración de las Hijas de la Caridad, que tienen un colegio en la localidad. En la catequesis parroquial era ejemplar y siempre asistía a Misa. En Lukin, pueblo más bien pequeño, hay dos iglesias monumentales, una dedicada a la Virgen y la otra a su Patrono San Martín. Con motivo del novenario se celebraban muchas misas en ambos templos. Justo ayudaba en todas.

En ese clima religioso, brota espontánea su vocación al sacerdocio. Pensaba entrar en el seminario diocesano, pero quería ser también misionero. El cura de un pueblo vecino, D. José M^a Sola, le orientó al juniorado de los Oblatos. Tenía entonces unos 15 años. Las etapas de su formación religiosa y eclesial serán, como para los otros dos: Urnieta (Guipúzcoa) Las Arenas (Vizcaya) y Pozuelo (Madrid).

Fue ordenado de Diácono en Madrid el 6 de junio de 1936, al terminar tercer año de teología, y esperaba la ordenación sacerdotal en el transcurso del año siguiente. Sus hermanas ya le estaban confeccionando los paramentos sagrados. Su hermano, fray Pedro, monje benedictino en Leire, nos habla de la ilusión que le hacía a Justo llegar a esa ordenación, ilusión compartida por todos sus familiares. *“Era tal la ilusión (...) que se vivía en la familia, que en casa tenían ya el alba para dicha ordenación, alba que había sido confeccionado por mi hermana con la ayuda de las Hijas de la Caridad, y que luego se regalaría a la parroquia”.*

Testimonios

La devoción a Jesús Eucaristía y a la Santísima Virgen, que había mamado en el seno de su familia, se acrecentó en sus años de formación religiosa. El testigo J.M.V., Provincial de los Oblatos, nos trasmite lo que oyó en Lukin de labios de una hermana de Justo: *“Durante las vacaciones trataba de recomponer las posibles tensiones en la familia. Era muy devoto de la Eucaristía a la que trataba de no faltar ni un solo día”.*

Sus formadores resumen su evaluación en dos frases: *“Impresión general muy buena, con esperanzas de que será un buen religioso y celoso misionero”.*

Martirio

El 22 de julio de 1936 Justo fue detenido con todos los miembros de la comunidad oblata de Pozuelo y hecho prisionero en su propio convento. Dos días más tarde es conducido a la Dirección General de Seguridad

en Madrid y puesto en libertad al día siguiente. Vive en la clandestinidad, refugiándose en diversas casas. Gracias a su hermano benedictino, sabemos algo de sus idas y venidas por aquel Madrid alborotado y hostil con todo lo religioso. Había que protegerse y Justo acude primero a casa de un hermano suyo que vive en la Travesía del Horno de la Mata 7. Veamos el relato de Pedro:

“Mi hermano fue a casa de nuestro hermano Raimundo. Estuvo oculto en ella durante nueve días, hasta que los comentarios de la vecindad hacían peligrar, tanto la vida de Justo como la de su hermano y esposa Teresa. Por esta razón, Teresa llevó a mi hermano Justo a la casa provincial de los Oblatos, donde lo acogieron, y estuvo allí hasta el día siguiente en que pasó a una pensión cuyos dueños eran conocidos de Raimundo. Mi hermano Justo conocía esa pensión porque daba clases de música a uno de los hijos de los dueños. En allí estuvo durante dos meses y medio: desde el 1 de agosto al 15 de octubre de 1936. Lo detuvieron como consecuencia de un registro general y lo llevaron a la cárcel Modelo”.

Allí en la cárcel Modelo de Madrid se encontró con sus hermanos Oblatos. Después de un mes, lo trasladan al colegio escolapio de de San Antón que había sido convertido en cárcel. Fue su última mansión. En una de las “sacas” de la noche del 27 al 28 de noviembre formó parte, como varios de sus hermanos Oblatos, de la lista de quienes, bajo apariencia de ser puestos en libertad, fueron llevados a Paracuellos del Jarama para ser ejecutados.

Publio Rodríguez Moslares

24 años



Datos biográficos

Nació en **Tiedra**, provincia y diócesis de Valladolid, el 12 de noviembre de 1912. Es el benjamín de la familia. Este detalle será un escollo con el que va a topar su vocación: su madre, muy religiosa, lucha entre la ilusión de tener un hijo sacerdote y el alejamiento del hogar.

“Es Dios quien lo quiere, mamá; no sufras ni me hagas sufrir. Sé generosa y dale a Dios lo que es de Él antes que tuyo”, le escribe.

Sus compañeros dicen que *“Publio era el juglar de la comunidad: cantaba, reía, hacía versos y refería anécdotas salpicadas de refranes y dichos populares”*.

Incluso en la cárcel, recluido en una misma celda con el P. Mariano Martín y tres escolásticos más, *“para entretener el tiempo y*

hacer más llevadera la prisión, empezamos a hacer entre él y yo una comedia en verso”, nos dice el P. Martín.

Testimonios

Ese mismo Padre añade:

“Tenía un carácter simpático, abierto, luchador, proselitista, francote, bueno. Trabajó mucho para llevar a buen camino a dos de sus hermanos que no comulgaban del todo con sus ideas, aunque por otro lado eran muy buenos. Les escribía cartas desde el juniorado y en vacaciones discutía con ellos. Tenía espíritu misionero y suspiraba por las Misiones, espíritu que supo infundir en su casa, sobre todo a su hermana, maestra nacional”. “Supo soportar con entereza y alegría las cárceles de Madrid y cuando provisionalmente le dieron libertad, fue sobre todo él quien hizo de enlace entre sus compañeros de calvario y sus Superiores, yendo de un sitio para otro”.

Después del martirio, su madre escribió una carta a los Oblatos en la cual dice que al pasar del juniorado al noviciado, fue a verlo a Las Arenas:

“Al despedirme, le dejaron venir conmigo a la estación de Bilbao. Allí me dio el Crucifijo pequeño que le dieron en Urnieta, y me dijo: Bésalo muchas veces y, venga lo que venga, piensa que todo lo que suframos por Él, por mucho que nos parezca, será poco para lo que Él nos ama y sufrió por nosotros”.

Martirio

Tras ser sacado del convento y ser liberado de la primera prisión, no teniendo a dónde ir, se refugió, con el P. Blanco y algunos oblatos más, en una familia conocida. Dice la hija:

“Una noche llegaron a casa buscando refugio, porque no tenían a dónde ir. Mis padres habilitaron una habitación, pusieron colchones en el suelo, les dieron ropa para que pudieran dormir y descansar. Una

noche, hacia las tres de la madrugada llamaron a la puerta unos milicianos con fusiles y pistolas, amenazando, que venían a registrar la casa; como teníamos una tienda de ultramarinos, mi padre, pienso que iluminado por el Espíritu Santo, metió a los milicianos en la tienda y al ver todo lo que había, pidieron por teléfono un camión y lo cargaron de tal forma que no podía arrancar. Tuvieron que descargar parte del camión para poder marchar. A la mañana siguiente mi madre dijo al P. Blanco que tenían que irse, pues si volvían otra vez los milicianos y registraban la casa, los matarían a ellos y a mi padre y que qué iba a hacer ella con cuatro niños pequeños”.

Al abandonar la casa, Publio dijo a mi madre: ‘No sufras, yo voy a volver, pero si me pasa algo o me matan, piensa que estaré con Dios y te ayudará’. Publio parece que tenía muy claro que lo iban a matar”.

Y así fue. Al terminar la guerra su familia fue a Madrid.

“Mi madre se había enterado que Publio había estado en la cárcel Modelo y quería ir allí. Mi padre intentaba disuadirla porque era la primera línea del frente. No obstante, como ella se empeñaba, mi padre quiso que la acompañáramos mi hermana y yo.

Entre aquellas ruinas, ella buscaba en las diversas celdas y corredores. De repente comenzó a gritar: ¡Aquí, aquí! Y se introdujo en un habitáculo pequeño. Entramos con ella y vimos toda la pared escrita. Pude ver cómo en un rincón había unas palabras que destacaban más que las otras, porque estaban escritas en rojo, y que decían: ‘Madre, me llevan a matar, muero por Dios (...) No llores, me voy con Dios.’ ¡Viva Cristo Rey! Y firmaba Publio.

Ella se arrodilló, besó la pared, y con una especie de navaja, cortó un trozo de la pared donde estaba la inscripción. Fue entonces cuando me enteré que lo habían llevado a matar a Paracuellos del Jarama. Mi padre ya lo sabía; pero no había hecho ningún comentario delante de nosotros”.

José Guerra Andrés

22 años



Datos biográficos

José Guerra Andrés nació el 13 de noviembre de 1914 en **León**, capital de la provincia y diócesis del mismo nombre. Fue bautizado el 9 de diciembre del mismo año. Desde muy joven se entusiasmó con la vocación misionera y en septiembre de 1926 ingresó en el seminario menor de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada en Urnieta (Guipúzcoa). Allí cursó los estudios secundarios que le prepararon intelectual y espiritualmente para ingresar en el noviciado en Las Arenas (Vizcaya) el 13 de septiembre de 1931 e hizo sus primeros votos el 14 de septiembre de 1932.

Detención y martirio

Incorporado en la comunidad del Escolasticado de Pozuelo, inicia sus estudios eclesiásticos. Cuando ya había terminado el segundo año de teología y tenía ante la vista la oblación perpetua, el 22 de julio de 1936

fue detenido con toda la comunidad religiosa y hecho prisionero en el mismo convento. Llevado a la Dirección General de Seguridad el 24 de julio, recupera la libertad que le permite refugiarse con otros Oblatos por diversas casas. El 15 de octubre fue detenido nuevamente con los demás Oblatos y encarcelado. El 28 de noviembre José Guerra fue sacado de la cárcel con doce de sus hermanos e inmolado en Paracuellos del Jarama. Tenía 22 años.

Semblanza

Quienes le conocieron dicen de él que “era un joven pacífico, de trato agradable, enfrascado en su gran afición que era la pintura y que se le daba de maravilla. Con ella prestó buenos servicios. Efectivamente, cada vez que se necesitaba un cartel o un paisaje para decorar un escenario, allí estaba Guerra con su pinceles”.

Testimonio

“Sobre la vida que llevaban en la cárcel, dice un testigo, quiero señalar dos aspectos. Uno fue la dedicación que tuvieron los religiosos hacia los demás prisioneros, en cuestión de enseñanza y caridad, dentro de sus posibilidades. Intentaban vivir una vida de piedad, rezando el Rosario.

“El segundo aspecto era el trato que recibían por parte de los carceleros. Fue muy duro, intentando separar a los más jóvenes, buscando que blasfemasen y que apostataran de la fe, comentando entre los milicianos que si no podían con los más jóvenes, con los mayores sería imposible. ‘Éstos no tienen remedio’ decían los milicianos. Llegaban inclusive al maltrato físico dándoles culatazos en los pies, siendo ésta una de las torturas más frecuente”. (...) “Las condiciones físicas eran muy duras porque no les daban de comer con regularidad y además la comida era mala. Apelotonamiento en las celdas, pasando frío... En la cárcel de San Antón el hacinamiento era tal que algunas noches tenían que dormir de pie”

Serviliano Riaño Herrero

20 años



Datos biográficos

Serviliano Riaño Herrero nació en **Priero**. Provincia y diócesis de León, el 22 de abril de 1916. En 1927 ingresa en el seminario menor de los Oblatos de Urnieta (Guipúzcoa), donde cursa estudios secundarios hasta 1932, año en el que pasará al noviciado de Las Arenas (Vizcaya), donde hará su primera oblación el 15 de agosto de 1933. Se traslada a Pozuelo de Alarcón para incorporarse a la comunidad del escolasticado y proseguir los estudios con miras al sacerdocio. Serviliano sigue siendo el joven humilde, sencillo y siempre muy piadoso, extrovertido y jovial, se preparaba para dar salida a su celo apostólico en cualquier misión extranjera.

Detención y martirio

El 22 de julio de 1936 fue detenido con todos sus hermanos de comunidad, en Pozuelo. De modo no del todo inesperado y siempre violento, el convento fue convertido en cárcel. De ella fue sacado Serviliano con sus compañeros de prisión hasta la Dirección General de Seguridad, situada en la Plaza del Sol, centro de Madrid.

Liberado al día siguiente, comienza una vida en clandestinidad con algunos de sus compañeros, hasta que el día 15 de octubre, en una redada de búsqueda y captura, fue de nuevo detenido y encarcelado.

El 7 de septiembre de 1936 oye su nombre entre los que son llamados a ser *“puestos en libertad”*. Consciente de lo que esto significaba y preparado para aceptar el sacrificio de la oblación cruenta que Dios le depara, llama al P. Mariano Martín o.m.i. por la mirilla de la celda. Le pide y recibe la absolución. Con ánimo decidido sube a la camioneta que le trasladará hasta Soto de Aldovea, lugar cercano a Paracuellos. Allí fue martirizado. Tenía 21 años.

Testimonio

Su hermana Sabina, religiosa de la Sagrada Familia de Burdeos, nos habla del ambiente profundamente religioso que se vivía en familia y en todo el pueblo de Prioro, comunidad cristiana donde han florecido muchas vocaciones sacerdotales y religiosas:

“Cuando él fue al seminario, yo ya estaba en el convento. Después nos escribíamos con cierta frecuencia. Me solía recordar que la generosidad y el sacrificio son piedras preciosas y esenciales para los cristianos y más para los religiosos. En las cartas se mostraba siempre muy entusiasmado con su vocación, sobre todo con su vocación misionera.

Cuando me escribió con motivo de mi profesión dice que se siente orgulloso de tener una hermana religiosa (dos, porque le seguirá

después Consuelo), y dice que mi profesión es el reflejo de un día grande y futuro que él espera para sí mismo:

*“Sí, tú lo sabes, la mañana aquella
yo lloraré de gozo y esperanza
porque tu profesión es un reflejo
del sueño de mi alma”.*

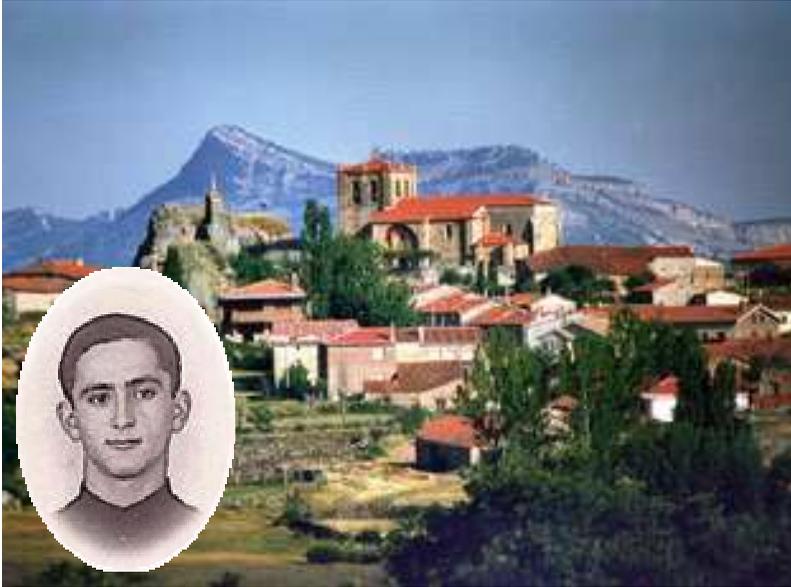
Era muy aficionado a escribir poesías y también en ellas dejaba entrever el entusiasmo por su vocación sacerdotal y misionera. (Durante la persecución religiosa) yo le decía a la hermana Clotilde: ‘Tantos religiosos mártires de una congregación y de otra, y nosotras, ¿no seremos ninguna digna del martirio?’ Se lo decía de corazón.

Cuando llegó la noticia de que habían fusilado a Serviliano, me dice esa madre: ‘Ahora estará usted contenta, ¿no?’ Yo le dije: ‘Tengo una pena enorme, porque quería muchísimo a mi hermano; pero por otra parte tengo también una gran alegría al pensar que tengo un hermano mártir’. Desde entonces siempre le he tenido como un mártir.

“Pasamos mucho tiempo sin saber nada más de él. Vivíamos angustiados de no saber qué pasaba con él. Y la angustia aumentaba cuando llegaba la noticia de la muerte de otros del pueblo (dos Agustinos de El Escorial también martirizados). Después ya nos dijeron que a Serviliano lo habían identificado por un papelito que llevaba en la chaqueta. Entonces fue mi padre a Madrid. Cuando volvió, a mi madre le contó sólo algunas cosas, pero a mí me dijo que le habían dicho cómo había muerto: le ataron por el brazo con otro, le ataron las manos a la espalda, le cortaron sus partes, le dieron un tiro y cayó en la zanja con todos. Lloraba mi padre al contármelo. A la vez manifestaba su gran convicción de que su hijo era mártir”.

Daniel Gómez Lucas

20 años



Datos biográficos

Nació en **Hacinas**, provincia y diócesis de Burgos, cerca de la famosa y secular Abadía de Silos, el 10 de abril de 1916. La condición socio-económica de la familia era propia de labradores y ganaderos de la época, sencilla. El ambiente familiar era de dedicación al trabajo y de fuertes convicciones religiosas. En este ambiente, Daniel se fue formando en la piedad y la moral cristiana.

Su formación religiosa debió ser excelente en su infancia. La vocación surgió espontánea en un ambiente de conocimiento de los Misioneros Oblatos. Dos primos suyos eran Oblatos: el P. Simeón Gómez, misionero en Ceilán (hoy Sri Lanka) y el P. Sinfioriano Lucas, que fue profesor en San Antonio, Texas, Provincial de España, Asistente General de la Congregación en Roma y finalmente obispo, en el

Vicariato Apostólico de Pilcomayo, Paraguay. Así que a los 12 años Daniel ingresa ya en el seminario menor de Urnieta (Guipúzcoa).

Daniel descubrió allí y en ese tiempo la persecución religiosa, pues ya se apreciaba en aquellos años, en ambiente totalmente distinto al de su pueblo natal. Cuando los seminaristas salían de paseo al vecino pueblo de Hernani, por ejemplo, les tiraban piedras y los insultaban. Es escalofriante el testimonio del P. Ignacio Escanciano, de un curso posterior a Daniel:

“Aún siendo niños, uno de nuestros temas de conversación era cómo escapar a un posible incendio del seminario provocado por el odio a lo religioso. Al ir de vacaciones, cuando en el viaje algunos percibían que éramos seminaristas, hacían el signo de cortarnos el cuello, incluso a veces con navaja en mano”.

A pesar de ese clima hostil, Daniel siguió adelante en el camino emprendido y llegó al noviciado de Las Arenas, donde hizo su primera profesión en 1935 y pasó a Pozuelo para proseguir los estudios eclesiásticos. Destacaba en él la tenacidad para cultivar la vida interior y sacar adelante los estudios a los que dedicaba mucho tiempo y entusiasmo. Era gran aficionado a cualquier deporte. Aparecía siempre de buen humor, optimista y confiado.

Detención y martirio

Tras la detención en el convento de Pozuelo, el traslado a la Dirección General de Seguridad y la consiguiente puesta en libertad el 25 de julio, los quince jóvenes Oblatos, se encuentran sin documentación alguna, en un Madrid desconocido para la mayoría de ellos. Se organizaron, siguiendo las orientaciones de los superiores, formando pequeños grupos para no levantar sospechas y poder encontrar refugio. Daniel se quedó el último y se refugió en la casa del sastre, José Vallejo, que les hacía las sotanas, donde ya había sido amparado el mayor grupo de Oblatos. Esta familia los acogió hasta la segunda y definitiva detención, el 15 de agosto.

Doña Dulce, la mujer del sastre, los visitaba después en la cárcel, donde permanecieron unos tres meses, y les llevaba las noticias de los Oblatos en libertad.

Daniel permaneció en la cárcel Modelo hasta mediados de noviembre, cuando los últimos trece Oblatos que habían de ser martirizados fueron trasladados al Colegio de los Escolapios de la calle Hortaleza de Madrid, habilitado como cárcel y a la que se le conocía como “Cárcel de San Antón”.

El 28 de noviembre fue “sacado” de la cárcel con otros doce Oblatos para ser inmolado con ellos, ese mismo día, en Paracuellos del Jarama. Tenía 20 años.

Testimonios

El P. Porfirio Fernández, superviviente, que se incorporó al grupo de la casa del sastre, escribe:

“Llegamos el día 11, temprano, José Guerra y yo, encontrándonos con doce compañeros y mutuamente nos contamos lo vivido. El 12, día del Pilar, nos trajeron hostias consagradas; todo el día en adoración, por turno, y, atardecido, comulgamos por primera vez desde Pozuelo. El 13 pasó el día sin contratiempos; nos acostamos. A media noche suena el timbre; al abrir, se anuncia: “la policía”. Yo estaba acostado junto a Daniel Gómez y otros cinco, en el santo suelo. Al entrar y vernos así, ni nos preguntaron; estaba bien a las claras que estábamos escondidos. En seguida llegan dos coches que nos cargan a todos y nos llevan a la comisaría. ¡Menos mal que con la familia no se metieron, gracias a Dios!

Nos metieron en un salón amplio; había pocos detenidos; todos en silencio. A media mañana estábamos tan apiñados que ni nos podíamos sentar en el suelo. Habían comenzado los registros, casa por casa, en horario nocturno (...). Ya oscuro, comienzan a tomar

declaración... A media noche nos llaman a todos, también a los civiles, y nos cargan en el coche celular. Los civiles reconocen las calles y dicen: "Nos llevan a la Modelo", como ocurre, en efecto.

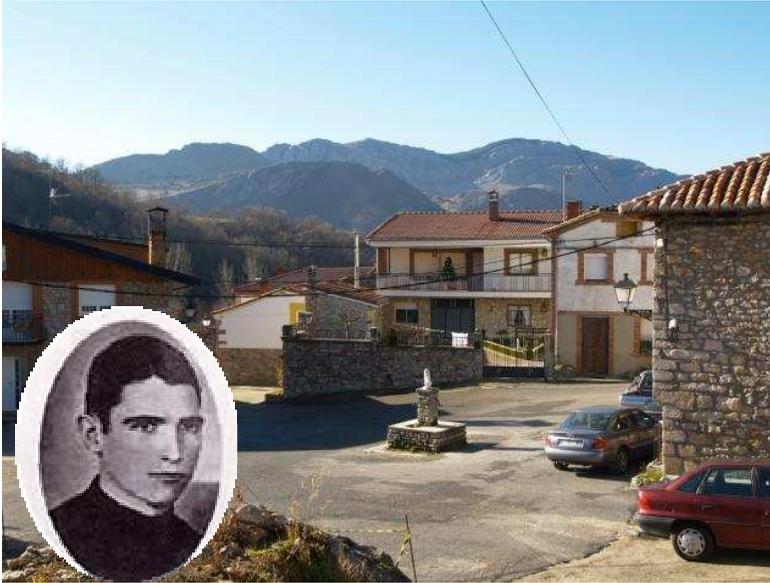
Sobre la situación en que se hallaban en la cárcel Modelo y la actitud con que vivían, nos narra el P. Felipe Díez, otro superviviente: *Yo continué en contacto con personas donde habían estado los Oblatos antes de su detención y que iban a llevarles comida. Éstas nos comunicaban las condiciones en las que se encontraban en la cárcel: pasando hambre, llenos de piojos, pero siempre firmes en la fe y manteniendo un auténtico espíritu de caridad de los unos para con los otros.*

Y el mismo P. Felipe subraya con qué heroico espíritu de fe vivieron ese largo período de tragedia:

La única razón que había para nuestra detención por parte de los milicianos es que éramos religiosos. Nosotros no sabíamos de cuestiones políticas ni jamás nos habíamos dedicado a eso. Desde el primer momento en que fuimos detenidos, en cada uno de nosotros había un trasfondo de ser asesinados por nuestra condición de religiosos. En nuestro interior, lo único que trascendía era el espíritu de perdón, por una parte, y por otra, el deseo de ofrecer la vida por la Iglesia, por la paz de España y por aquellos mismos de los que pensamos que nos iban a fusilar. El único móvil que nos guiaba era sobrenatural, ya que humanamente lo perdíamos todo. Éramos conscientes de que si nos mataban era por odio a la fe", como así fue, de hecho, para casi todos ellos.

Clemente Rodríguez Tejerina

18 años



Datos biográficos

Clemente Rodríguez Tejerina nació en **Santa Olaja de la Varga**, provincia y diócesis de León, el 23 de julio de 1918. Su hermana Josefa, religiosa de la Sagrada familia de Burdeos, nos dice: *“la condición socio-económica de mi familia era sencilla, era la propia de los que trabajaban en el campo”*.

Eran doce hermanos, de los cuales, seis consagrados: dos Capuchinos, dos religiosas de la Sagrada Familia y dos Oblatos: Clemente y Miguel. Sólo este hecho da idea del ambiente religioso de la familia. Su madre era una mujer muy religiosa y, aunque no había tenido una gran educación cultural, había leído muchos libros que le procuraron una buena formación religiosa, que intentaba inculcar a sus hijos. *“Todas las noches, escribe Maruja, hermana de Clemente, nos reunía a todos los hermanos en el comedor y rezaba una oración ofreciendo a sus*

hijos al Sagrado Corazón. Además pedía por la perseverancia de todos nosotros. Perteneecía a la asociación de las “Marías de los Sagrarios” y las fiestas eucarísticas tenían para ella una importancia muy singular, haciéndonos participar a todos los hijos en la preparación de los altares, cuidando hasta los más pequeños detalles, mostrando en todo ello un gran amor al Señor”.

En ese calor hogareño pronto comenzó Clemente a ser consciente de su vocación. Así, con sólo 11 años sale ilusionado de la casa paterna para dirigirse al juniorado o seminario menor que los Oblatos tenían en Urnieta (Guipúzcoa). El 5 de julio de 1934 comenzó el noviciado en Las Arenas (Vizcaya) e hizo su primera oblación el 16 de julio de 1935, día emocionante, pues salieron llorando todos los neo-profesos. Ese mismo día por la noche viajaron en tren hacia Pozuelo (Madrid) y, pasado el tiempo de vacaciones en comunidad, Clemente comenzó sus estudios eclesiásticos. Se dedicaba con mucha seriedad a su formación religiosa e intelectual. En el trato era todo bondad y mansedumbre. No pisaba con ruido, pisaba con seguridad. Era el hombre bueno y servicial.

Detención y martirio

Apenas terminado el primer curso, el 16 de julio de 1936, Clemente renovó sus votos y seis días más tarde, el 22 de julio, fue detenido con toda la comunidad en el propio convento y, dos días después, llevado con todos a Madrid, a la Dirección General de Seguridad, para ser puesto en libertad al día siguiente.

Después de refugiarse primero en la casa provincial y después, al ser esta confiscada, pasó a una pensión. El 15 de octubre de 1936 fue detenido de nuevo y llevado a la Cárcel Modelo. En ella encuentra a aquellos Oblatos a quienes no había visto desde la salida de Pozuelo y posteriormente, junto con sus hermanos religiosos, será trasladado a San Antón. De allí es “sacado” junto con otros 12 Oblatos y martirizado en Paracuellos del Jarama el 28 de noviembre de 1936. Era el benjamín del grupo: tenía solamente 18 años.

Testimonios

Clemente, como queda dicho, se refugió en la casa provincial, que fue finalmente incautada el domingo 9 d agosto. Así describe el hecho el P. Delfín Monje, milagrosamente liberado cuando lo llevaban a fusilar:

A las once y media de la mañana sonó la campanilla de la portería. Un nutrido grupo de maestros laicos, armados de pistolas, irrumpió en el jardín y nos invitó "cortésmente" a abandonar el local. Como el P. Esteban (Provincial de España) se quejara de la arbitrariedad de aquella medida, siendo así que nosotros éramos ciudadanos pacíficos, ellos le contestaron: "Creemos que ustedes no se han metido en nada, pero muchos curas y frailes sí se han metido; y es lo que pasa, los unos pagan por los otros" Al marchar dejamos a los nuevos propietarios ocupados en colocar sobre la tapia del jardín un enorme trapo con esta inscripción: "Incautado por el Ministerio de Bellas Artes".

Josefa, la hermana de Clemente, pudo visitarlo antes de ser expulsados de la casa provincial. De la conversación mantenida con él, pudo deducir la entereza y espíritu de fe que reinaba en su hermano y su clara disposición al martirio. Nos dice:

Estuve con él durante unos momentos. Recuerdo que le pregunté cómo estaba de ánimo y me dijo: "Estamos en peligro y tememos que nos separen; juntos, nos damos ánimo unos a otros. Con todo, si hay que morir, estoy dispuesto, seguro de que Dios nos dará la fuerza que necesitamos para ser fieles". Estas son palabras textuales de mi hermano, que, pronunciadas en aquellos momentos, no se me olvidarán jamás. Mientras estábamos hablando, vino el P. Francisco Esteban y me pidió que me marchase enseguida puesto que la comunidad se encontraba muy vigilada y yo también peligraba por mi condición de religiosa. El Provincial también dijo: "Aquí vamos a perecer todos".

Siempre Josefa, gracias al testimonio de un compañero que estuvo con él en la misma cárcel de San Antón, se enteró de las condiciones en las que estuvo Clemente:

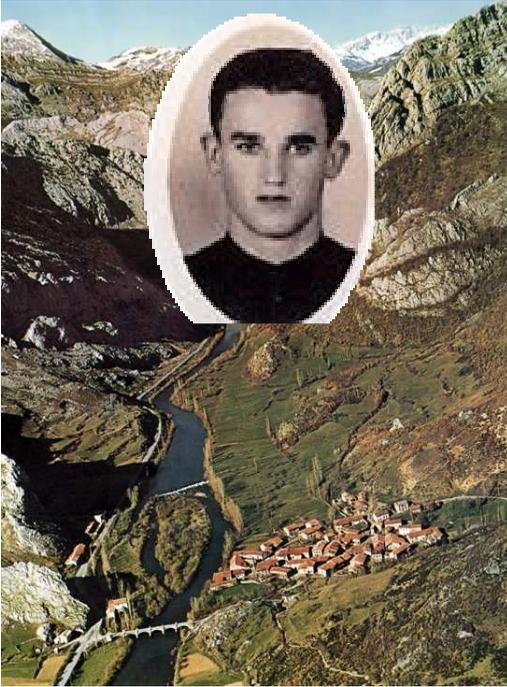
Me contó que los tenían almacenados en el sótano, donde se hallaban las duchas del colegio en malas condiciones, lo que hacía que con frecuencia estuviesen con los pies en el agua y careciendo del más mínimo espacio vital para moverse. Me decía también que no todos los días comían y que, encima, cuando los carceleros llevaban el rancho, se mofaban de los presos preguntando: “¿Quién no ha comido ayer?” También me dijo que todos los que estaban allí eran católicos, que se juntaban y rezaban.

Esta misma hermana, desconociendo el hecho de su muerte, continuó intentando visitarlo en la cárcel de San Antón. Veamos cómo conoció, después de muchas averiguaciones, la noticia de la muerte de Clemente:

La última vez que intenté verle fue en diciembre de 1936. El miliciano de turno, de malos modos, me dijo que no volviera por allí si no quería quedarme dentro. Como insistí en saber si estaba todavía en la cárcel, me contestó que si quería saber de Clemente me fuese a la calle Santa Bárbara, al Ministerio de Justicia, que en una sala enorme con caballetes y tableros encontraría cajas repletas de fichas. Así lo hice y después de una larga investigación, encontré una ficha que textualmente decía: “Clemente Rodríguez Tejerina puesto en libertad el 28 de noviembre de 1936”. Después de cerciorarme que nadie me veía, cogí la ficha y me marché al Consulado de Chile. Allí me informaron que todas las personas que habían sido “puestas en libertad”, sacándolas de las cárceles, los días 27 y 28 de noviembre de 1936, habían sido fusilados inmediatamente en Paracuellos del Jarama. Desde aquel momento pensé que mi hermano era mártir, porque él estaba seguro de que lo iban a matar y que la causa de la muerte no era otra sino la de ser religioso.

Justo Fernández González

20 años



Datos biográficos

Justo nació el 2 de noviembre de 1916 en **Huelde**, provincia y diócesis de León. Este pequeño pueblo de la montaña leonesa quedaría años más tarde anegado por las aguas del Pantano de Riaño.

Justo es el más pequeño de 12 hermanos, familia humilde y sencilla de labradores, profundamente religiosa, semillero de vocaciones: de los 12 hermanos, 8 respondieron

al llamamiento de Cristo consagrándole su vida a Dios: dos sacerdotes diocesanos, dos Oblatos, un Franciscano y tres hermanas de la Sagrada Familia de Burdeos.

En septiembre de 1929 justo ve realizado su sueño de ingresar, también él, como había hecho su hermano Tomás, en el juniorado.

En junio de 1934 pasa a Las Arenas (Vizcaya) para hacer el noviciado y profesa el 16 de julio de 1935. A continuación es enviado a Pozuelo (Madrid) para iniciar los estudios eclesiásticos que tendrían que llevarle hasta el altar. Apenas termina el primer curso, tras unos días de retiro, Justo se prepara con sus connovicios a renovar su oblación temporal.

Era el 16 de julio de 1936. Sólo seis días después, el 22 de julio, sería detenido con todos los miembros de la comunidad oblata de Pozuelo.

Martirio

Tras dos días de prisión en el propio convento convertido en cárcel, es llevado con sus compañeros al centro de Madrid, Dirección General de Seguridad. Justo, con sus hermanos Oblatos, al día siguiente se encuentra en libertad, pero desorientado, en la Capital de España sin saber a dónde ir. Se refugia con un primo suyo en casa de una familia, hasta que es detenido otra vez y conducido a la Cárcel de San Antón. De aquí fue “sacado” con otros doce Oblatos el 28 de noviembre de 1936 para ser martirizado en Paracuellos del Jarama. Acababa de cumplir 20 años.

Ya desde niño...

Vino al mundo para ser santo y nunca perdió de vista su meta. Caminaba hacia ella con una intensa vida de oración y cultivando el corazón noble, bondadoso, pacífico y pacificador que poseía.

Durante la infancia asistía a la escuela y todos los días a la catequesis que daba el párroco en el pórtico de la iglesia antes de rezar el rosario. Ayudaba a Misa todos los días y recibía el sacramento de la reconciliación con frecuencia. Dos anécdotas pueden ayudarnos a intuir su profunda vida de piedad.

Cuenta su sobrino y coetáneo Julián, que convivió de niño con él: *“Recuerdo que murió un familiar y cuando lo conducían la iglesia, nos invitó a un grupo de niños que íbamos con él, a rezar un Padrenuestro”*.

La otra anécdota nos la refiere su hermana: *“Cuando sólo tenía ocho años un día me dice: ¿Sabes que Paco es el novio de Constancia? (una hermana mayor). Y yo le dije: “Y el mío, ¿quién es?” Y me contestó: “El tuyo es Jesús”. El había oído que yo quería entrar monja...*

El P. Olegario Domínguez, que convivió con él en el seminario menor, cuenta cómo le impresionó: *“A los que fueron mis compañeros los admiré siempre por su regularidad, generosidad y fidelidad en lo que se nos pedía, especialmente Justo, que fue puesto por los superiores como responsable de los pequeños. Recuerdo que con mucha delicadeza nos llamaba la atención e, igualmente, impedía que hubiera conflictos”*

. ...y de joven

Ya en Pozuelo, Justo constataba que el ambiente hostil era muy tenso contra todo lo religioso, como podía verse por la quema y saqueo de iglesias y conventos.

El P. Pablo Fernández describe la creciente animadversión contra los Oblatos por parte de los enemigos de la fe: *“Los Oblatos de Pozuelo eran muy apreciados y valorados por los creyentes, y convocados a asistir a reuniones y celebraciones religiosas, en las fiestas patronales, así como en otras solemnidades. También eran llamados para dar ejercicios espirituales. Esta buena fama entre los creyentes tenía como contraposición la animadversión, por odio a la fe, de los grupos extremistas, anarquistas... Este clima se debía a que la comunidad de los Misioneros Oblatos era la que promovía la vida cristiana en todo el contorno de Pozuelo: Aravaca, Majadahonda y Húmera”*

Sobre la previsión del martirio, añade: *“Los días anteriores al 22 de julio, aunque no salían del convento, sin embargo estaban siendo testigos de lo que ocurría a su alrededor: el humo que veían de las quemas de iglesias y conventos en Madrid, las idas y venidas de los milicianos por las calles, las amenazas directas, cuando pasaban por delante del convento, provocando, diciendo: “¡Mueran los frailes!” Todo esto hacía que la comunidad previera que, de un momento a otro, fueran a por ellos. Tanto es así que cuando entraron, el hermano portero avisó al P. Delfín Monje y le dijo: “¡Ya están ahí!”*

El trato que recibieron en la cárcel, expresado por testigos oculares, fue despiadado, con muchos desprecios, pasando frío, hambre, mucha miseria, incluso llenos de piojos. No tengo constancia de que fueran sometidos a interrogatorio. El comportamiento de los Siervos de Dios en la prisión fue de serenidad, de mucha confianza en Dios, al que invocaban repetidamente (...) Quiero resaltar que los formadores supervivientes estuvieron presidiendo aquella pequeña comunidad en cautiverio. No hicieron dejación de sus responsabilidades. Los escolásticos por su parte mantuvieron, en todo momento, la deferencia y la obediencia a sus Superiores.

Su reacción ante la previsión del martirio fue de mucha serenidad, dominio de sí y oración al Señor. El móvil que los guiaba era el deseo de consumir su oblación, hasta el punto que uno de los supervivientes me dijo: Nunca me he tenido más preparado para la muerte que en aquellos momentos”.

Ángel Francisco Bocos Hernández

53 años



Datos biográficos

El hermano Ángel F. Bocos nació en **Ruijas** (Cantabria), diócesis de Santander, el 27 de enero de 1883. Sabemos muy poco de su familia. En el certificado de bautismo aparece “desconocido el padre”. Al fallecer la madre, fue recogido por su tío Felipe Hernando, párroco de Quinasolmo, de quien recibió sólida y cristiana educación. Cuando llamó a las puertas del noviciado oblató tenía 17 años.

Inició su andadura religiosa con miras a consagrar su vida a Dios como hermano (religioso no sacerdote), el 31 de diciembre de 1900. Hizo su primera oblación temporal en 1901 y su oblación perpetua en 1907.

En sus 35 años de vida consagrada estuvo en distintas comunidades oblatas: Madrid, Aosta y San Giorgio Canavese (Italia), Notre Dame de Lumières (Francia)...

Al regresar a España, en 1925., le destinan primeramente al noviciado de Las Arenas (Vizcaya), luego, en 1929, al abrirse el escolasticado en Pozuelo (Madrid), pasa a formar parte de esta comunidad, prestando valiosos servicios, sobre todo en la cocina.

Detención y martirio

Fue hecho prisionero con toda la comunidad el 22 de julio de 1936, llevado después a Madrid y puesto en libertad el 25 de julio. El hermano Ángel Bocos trata de buscar refugio seguro, pero el 15 de octubre es de nuevo detenido y llevado a la Cárcel Modelo donde se encontrará con casi todos los Oblatos de Pozuelo. Un mes más tarde le trasladan a la cárcel de San Antón y desde allí, el 28 de noviembre de 1936, lo “sacan” para ejecutarlo con otros doce Oblatos en Paracuellos del Jarama.

Era un excelente cocinero, sacrificado, servicial, piadoso y de buen conformar. Era el mayor de los Mártires, tenía 53 años.

Testimonios

Debido a su edad y a su reducida familia, ha sido difícil encontrar testigos que lo conocieran. Mons. Félix Erviti, ex superior del escolasticado de Pozuelo y primer Prefecto Apostólico del Sáhara Occidental, que había conocido a los Oblatos en Francia, donde recibió su formación religiosa, es uno de los pocos que dan testimonio sobre él: *Conocí al hermano Ángel Bocos siendo yo junior en el seminario menor de Lumières. Este lugar donde vivía la comunidad oblata era un santuario de la Santísima Virgen. En la cripta íbamos a hacer los ejercicios de piedad en los que destacaba el hermano Ángel Bocos. Su carácter era apacible y pacífico. Era humilde y callado. Después de 1925 fue trasladado a otra comunidad y yo ya no volví a tener contacto con él.*

Hay varios testimonios sobre los hermanos de la comunidad de Pozuelo. Dice, por ejemplo, el P. Ángel Villalba, que convivió con ellos: *Como comunidad había una caridad colectiva hacia el prójimo. Dentro*

de la comunidad estaban los (tres) hermanos coadjutores que participaban de esa caridad y eran para nosotros un testimonio admirable.

También el P. Felipe Díez, otro superviviente, subraya: *Los hermanos coadjutores vivían en un sacrificio ejemplar en los distintos ministerios que ellos tenían.*

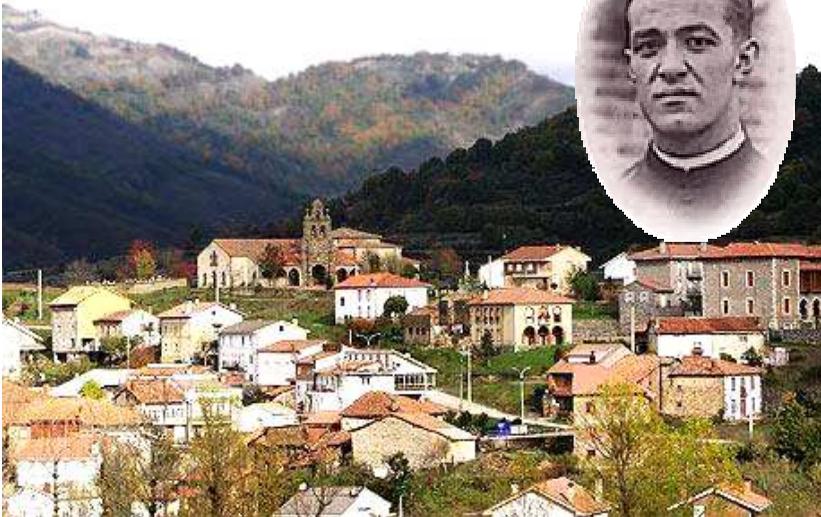
Al ser detenidos en su casa de Pozuelo, el cabecilla de los milicianos le obliga a seguir en la cocina, bajo vigilancia, diciéndole: *“Tu haz la comida para todos, pero de faltar, que falte para los tuyos y no a los míos”.*

De una carta que este Hermano envió al entonces Superior General, Mons. Agustín Dantenwill, podemos deducir su fortaleza, resignación y paciencia ante las adversidades, tales como la dolencias del estómago y de una pierna, y cómo, a pesar de eso, continuaba haciendo el trabajo de la cocina, en el que llevaba 24 años, ofreciendo todo esto *“para mayor gloria de Dios y salvación de las almas”,* decía.

D. Ricardo Quintana, Delegado diocesano de las Causas de los Santos en la Archidiócesis de Madrid, que presidió, como juez, todo el proceso diocesano, no puede disimular su simpatía hacia este Sirvo de Dios y está convencido de que el hermano Bocos, de quien pocos hablaban en el proceso, era un verdadero santo y a su intercesión atribuía su pronta recuperación de un grave incidente.

Eleuterio Prado Villarroel

21 años



Datos biográficos

Eleuterio Prado Villarroel nació en **Prioro** provincia y diócesis de León, el 20 de febrero de 1915. Pertenecía a una familia de humildes labradores, de una conducta moral intachable y profundamente religiosa. Destacaba en la familia la devoción a la Eucaristía y el rezo diario del Rosario. Su madre, “Tía Dominga”, tenía fama de santa. Era muy conocida no sólo en Prioro, sino también en los pueblos vecinos como apóstol y fundadora de las llamadas “Marías de los Sagrarios”, movimiento que aún perdura y que fomenta la devoción a Jesús Eucaristía.

Teyo, como se le llamaba familiarmente, desde niño se sintió llamado a seguir los pasos de su hermano, el Padre Máximo (*en la foto, en medio de Eleuterio y Serviliano*), que **sería un** gran misionero en Texas. Inició los cursos secundarios en el juniorado de Urnieta (Guipúzcoa). Tenía

alguna dificultad para los estudios y optó por seguir en la Congregación como Hermano Oblato.

Así pues, hizo el noviciado en calidad de Hermano Coadjutor y emitió los primeros votos el 25 de abril de 1928.

En 1930 se abre la nueva casa del escolasticado en Pozuelo y es destinado a esta comunidad. El 28 de abril de 1935 hace la oblación perpetua y queda integrado para siempre en la Congregación de los Misioneros Oblatos hacia la que siempre ha demostrado gran cariño.

Era piadoso y afable. A Teyo siempre se le veía contento, servicial y animador. Era muy mañoso sobre todo en ebanistería, que fue su principal cometido.

Detención y martirio

En su comunidad de Pozuelo le sorprende la invasión de los milicianos que se adueñan de la casa el 22 de julio de 1936. Detenido con sus hermanos de comunidad, tras la ejecución nocturna de seis Oblatos y un padre de familia, es trasladado a Madrid y, puesto en libertad, acude buscando refugio a la casa provincial de la calle Diego de León. Allí permanece hasta el 10 de agosto, fecha en que expulsan a toda la comunidad, incautándose de la casa, y encuentran refugio en una pensión en la Carera de San Jerónimo.

Allí vive escondido hasta que el 15 de octubre, fecha en que es detenido de nuevo y llevado a la Cárcel Modelo y trasladado después a la de San Antón, de la que se “sacarán” el 28 de noviembre de 1936 para ser martirizado. Tenía 21 años.

Testimonios

En la comunidad de Pozuelo destacaba por la alegría y generosidad con las que prestaba toda clase de servicios en las faenas más humildes. Eleuterio no perdió su carácter jovial y optimista, no exento de virtud sobrenatural, en los momentos de persecución y cautiverio

previos al martirio, dando ánimos a los compañeros de prisión. Así lo manifiesta una sobrina, Felipa Prado: *Siempre he oído que mi tío era un hombre muy optimista, alegre, en todos los momentos, incluso estando en la cárcel. Creo que esto es un signo de confianza en Dios, como quien vive muy seguro de que Dios no nos deja nunca de su mano. Esta confianza en Dios es la que le hacía mantenerse alegre cuando las circunstancias que vivía eran adversas y, en el caso de la cárcel, podían hacerle prever una muerte próxima. Destaca el ánimo que infundía a sus compañeros en la cárcel y en el proceso hasta el martirio.*

A propósito del martirio, el P. Delfín Monje detenido también, y que le precedió en la Cárcel Modelo, escribe:

Serían las ocho de la mañana cuando veo entrar por la puerta del calabozo a una cara conocida: era el hermano Eleuterio Prado. Venía sonriente, como joven que era y no había adivinado la tragedia que había comenzado. Detrás de él, otras caras conocidas: el hermano Publio Rodríguez y el hermano Ángel Villalba. Comprendimos que los Oblatos refugiados con el P. Esteban en la pensión de san Jerónimo habían sido detenidos igualmente. Las condiciones en la cárcel - prosigue su sobrina- eran durísimas, les hacían pasar hambre y, a consecuencia de los malos tratos, algunos de ellos llegaron a morir. Estaban hacinados y las condiciones higiénico-sanitarias simplemente no existían. Los carceleros buscaban fundamentalmente la apostasía de la fe, cosa que no sucedió en ninguno de los religiosos de distintas congregaciones (Oblatos, Agustinos, Hospitalarios...) que había en la cárcel. Era tal la firmeza en la confesión de la fe, que algún miliciano llegó a decir que le daban ganas de seguir su ejemplo, al verlos tan firmes en la fe.

En la cárcel de San Antón, Eleuterio se reunía casi todos los días en el patio con otros religiosos, entre los que estaba el P. Felipe Fernández, Agustino, de su pueblo. Otro sobrino de Teyo, que se llamaba como su tío, y sobrino a su vez de ese otro religioso, recoge el testimonio de este segundo tío superviviente:

Entre ellos estaba el P. Felipe Fernández, familiar mío, que me contó cómo se encontraban prácticamente todos los días en el patio de la cárcel y que (mi tío) estaba siempre sonriente. Comentaban que ya habían “sacado” a dos del pueblo que eran Genaro Díez, Agustino, y Serviliano Riaño, Oblato. Comentaban, y mi tío Felipe insistía mucho en ello, que estos dos muy probablemente ya hubiesen sido asesinados y que eran mártires.

Mi tío Felipe ponía mucho énfasis y a mí me quedó muy grabado, que en ese grupo, el 27 de noviembre de 1936 se comentaba el hecho de que se estaba preparando una gran “saca”, como así fue, que era muy fácil que les tocase a alguno de ellos, y que a modo de despedida comentaban: “Si no nos vemos más, hasta el Cielo”.



El 28 de noviembre por la mañana este grupo de religiosos del pueblo que estaba prisionero fueron a buscar a Eleuterio y ya no lo encontraron.

Aquella noche del 17 al 28 de noviembre había sido “sacado” de la prisión para ser inmolado en Paracuellos. Su nombre con el de otros 12 Oblatos está en la lista de quienes, bajo la apariencia de “orden de libertad”, son llevados al hoy llamado Cementerio de los Mártires de Paracuellos.

En la foto, Eleuterio Prado con el P. Máximo Prado (su hermano) y Serviliano Riaño.

Marcelino Sánchez Fernández

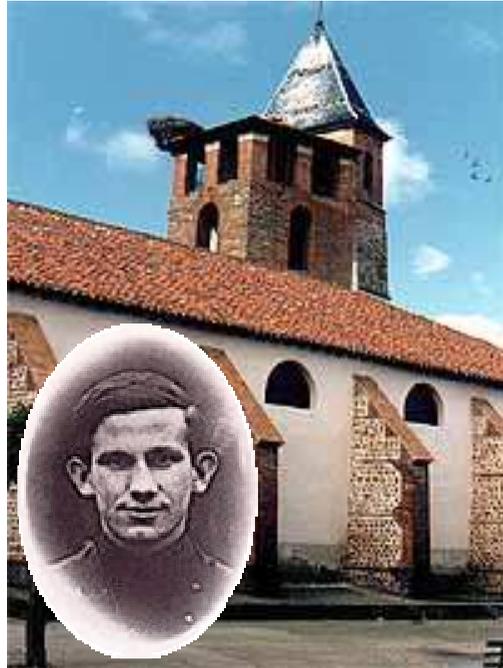
26 años

Datos biográficos

Marcelino Sánchez Fdez. nació en **Santa Marina del Rey**, provincia de León y diócesis de Astorga, el 30 de diciembre de 1910.

Sus padres, Nicolás y Ángela, tuvieron ocho hijos, los cuales murieron todos en vida de los padres, excepto Marcelino y otro llamado Ángel. Era una familia cristiana con una conducta moral buena.

Ingresa en el juniorado de los Misioneros Oblatos de Urnieta (Guipúzcoa). La



salud de Marcelino era precaria, lo que le obligó a regresar a la casa paterna. Una vez que se hubo recuperado, volvió al juniorado, y al no verse capaz de seguir con los estudios por motivos de salud, se le orientó hacia la vocación como hermano Oblato. Así, el 24 de marzo de 1927, comenzó el noviciado en Las Arenas (Vizcaya) en calidad de Hermano coadjutor y profesó el 25 de marzo de 1928, fiesta de la Encarnación del Señor. Permanece en la comunidad del noviciado, prestando valiosos servicios como sastre y portero. En 1930, inaugurado el escolasticado o seminario mayor de Pozuelo, es destinado a esa nueva comunidad y se dedica a prestar sus servicios a distintas tareas, principalmente la sastrería.

En 1935, después de siete años de votos temporales, hace su oblación perpetua y se siente ya plenamente integrado en la Congregación a la que siempre ha mostrado gran cariño. Se le recuerda como un religioso ferviente, devoto de la Virgen, cuyo rosario lleva siempre consigo, obediente, responsable y servicial.

Detención y martirio

El 22 de julio de 1936 es detenido con toda la comunidad oblata en Pozuelo de Alarcón; prisionero con todos, es llevado a la Dirección General de Seguridad situada en la plaza Puerta del Sol, centro de Madrid. Al día siguiente recobra la libertad.

En una redada general es detenido de nuevo y llevado a la Cárcel Modelo en Madrid. El 15 de noviembre de 1936 es trasladado a la Cárcel de San Antón (colegio de los Escolapios transformado en prisión), y durante la noche del 27-28 del mismo mes es “sacado” para ser martirizado en Paracuellos del Jarama, a pocos kilómetros de Madrid. Tenía 26 años.

Testimonios

Durante su infancia Marcelino vive en un ambiente bueno, apacible, religioso. Pertenecía a la asociación de los “Tarsicios”, movimiento católico para inculcar a los niños la devoción a Jesús Eucaristía y la comunión frecuente.

En el origen de su vocación se manifiesta con fuerza su fe para seguir el llamamiento de Dios, a pesar de la situación de su madre, paralítica. Dotado de buena voluntad y amante de su vocación religiosa, sigue fiel a ella, a pesar de los contratiempos y achaques de salud que le impiden continuar sus estudios y acepta con humildad el abandonar su proyecto de ser sacerdote para continuar en la vida religiosa como hermano coadjutor.

Un superviviente, el P. Felipe Díez, dice de estos hermanos oblatos, religiosos como los demás Oblatos, pero no sacerdotes:

Vivían en un sacrificio ejemplar en los distintos ministerios que ellos tenían. Entre otras tareas, recuerdo que el Hno. Bocos se dedicaba a la cocina, el Hno. Eleuterio atendía el cuidado y limpieza de la casa, y el Hno Marcelino Sánchez se dedicaba a la sastrería, arreglando sotanas (...). Vivieron la virtud de la pobreza aceptando la realidad de nuestra vida llena de carencias en cuanto a lo material, viviendo el Evangelio en el amor y fidelidad al trabajo, buscando, como dice el Evangelio, “servir y no ser servidos”.

De manera especial quiero destacar el ejemplo de los Hermanos Coadjutores que desempeñaban con alegría las tareas más humildes en la comunidad y eran un estímulo para todos. Concretamente, recuerdo a los Hermanos Bocos, Sánchez y Prado dándonos un ejemplo alegre y sencillo en el trabajo cotidiano.

En cuanto a las penalidades y vivencia durante la prisión y martirio, puede verse lo señalado referente a los otros Oblatos, Siervos de Dios, martirizados. Baste evocar un breve pasaje del elocuente testimonio del P. Felipe Díez, superviviente:

En el momento de la muerte, he oído que alguien, que por las descripciones coincide con el P. Esteban (nuestro Provincial), que pidió permiso para dar la absolución a sus compañeros. Y sus palabras últimas fueron: “Sabemos que nos matáis por ser sacerdotes y religiosos. Os perdonamos. ¡Viva Cristo Rey!”

INDICE

	Página
¿Víctimas de la guerra civil o de una persecución religiosa?.....	3
22 Misioneros Oblatos, Mártires	4
Quién es quién	8
Francisco Esteban Lacal	9
Vicente Blanco Guadilla	13
José Vega Riaño	17
Gregorio Escobar García	19
Juan José Caballero Rodríguez	22
Justo Gil Pardo	25
Publio Rodríguez Moslares	28
José Guerra Andrés	31
Serviliano Riaño Herrero	33
Daniel Gómez Lucas	36
Clemente Rodríguez Tejerina	40
Justo Fernández González	44
Ángel Francisco Bocos Hernández	48
Eleuterio Prado Villarroel	51
Marcelino Sánchez Fernández	55

WEBS Postulación Gral. OMI:

<http://www.omipostulomi.weebly.com>

<http://martiresomimadrid.blogspot.com>